UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV

En todo gran médico, como en todo gran autor dramático y, probablemente también, en todo gran comediante, hay ciertas facultades mucho más próximas al tipo del hombre de acción que al tipo del hombre de pensamiento. Estos oficios tan complejos y que exigen tanto animalismo, suponen también una excepcional capacidad de afirmación personal, de decisión inmediata, de efectiva resolución. Ellos soportan, por decirlo así, una emoción directa de la realidad, para lo cual es preciso tener ese vigor fisiólogico que permite domar los nervios. Frecuentemente he tenido ocasión de justificar esta observación en mis relaciones con los ejemplares superiores de estas tres especies intelectuales, y nunca, como en los instantes que siguieron á la entrevista de Eugenio Corbières con el hombre á quien sus padres habían despojado, he podido certificar mejor esta virtud casi militar de la disciplina médica. Ciertamente Eugenio estaba abrumado de dolor por la revelación que acababa de sufrir; no dudaba en modo alguno de su verdad, según pude reconocer en sus ojos; sin embargo, no hizo ni un gesto que manifestara frente á mí su horrible tempestad interior. Solamente me dijo: « ¿Tienes algún inconveniente en acompañarme hasta la calle Amyot? El coche te llevará después á tu casa... » Y ante mi respuesta afirmativa, dió al cochero la dirección de sus padres con una voz que no temblaba, una voz clara y segura. Mientras el carruaje nos conducía á través de este viejo barrio de Val-de-Grace, Eugenio podía ver por el cristal de la portezuela desfilar esquinas de calles tan conocidas para nosotros, fachadas de tiendas, ángulos de muros, cien aspectos familiares que hacían levantarse ante él, como ante mí, los fantasmas de tantas horas de su estudiosa juventud. ¿Es que acaso no habíamos errado juntos lo bastante por estas aceras mientras él se dirigía á las aulas y yo le acompañaba, ó bien llevándole yo hacia el Luxemburgo y él siguiéndome á fin de

prolongar una de nuestras innumerables comunicaciones de ideas? Todas estas horas, sí, todas, las de los ardientes trabajos y también las de los nobles placeres, ¿era posible que fueran el producto de un abominable crimen, que su padre y su madre hubieran robado para él el bienestar al desgraciado á quien acabábamos de dejar? Si esta evidencia me abrumaba de melancolía á mí, un simple testigo, ¿de qué desesperación no debía estar poseído él, actor viviente de este horrible drama, un drama en que él era el héroe sin darse cuenta de ello? Eugenio guardaba no obstante ese absoluto imperio de sí mismo que yo le reconociera ante los lechos de hospital; parecía asistir á su propia agonía mental, con la misma firmeza de espíritu que había desplegado para curar tantas otras agonías menos dolorosas que las suyas. Su rostro estaba como crispado de voluntad, sus ojos secos, su boca cerrada. Durante el trayecto no hubimos de cambiar muchas más palabras que las cambiadas durante el precedente. ¿Para qué? Empero, fuí yo, el extraño, el que primero sintió el triunfo de esta viril reserva y cuando descendió del coche ante la puerta de sus padres, no pude contenerme y, agarrándole de la mano, le dije con un acento ahogado por la angustia :

— Recuerda cuánto te han amado.

— Hubieran hecho mejor odiándome — respondió; — se lo habría agradecido más.

Estas sacrílegas palabras fueron pronunciadas con un acento en el que temblaba tal sobresalto de indignación á la vez implacable y fría, la mirada de Eugenio aparecía cargada con tal intensidad de desprecio, sentíale llegado á un grado tal de frenesí interior, bajo su apariencia tranquila, que le dejé entrar en la casa y desaparecer sin haberle respondido. ¿Para qué ya? Volví á sentarme en el carruaje, y abandonándome al fin á la compasión que desbordaba de todo mi ser, no hacía más que repetir estas palabras, siempre las mismas :

— ¡ Dios mío ! ¡ Pobre gente ! ¡ Pobre gente !...

La imagen que me arrancaba este grito de terror era la de mi amigo surgiendo como un justiciero ante estos ancianos, ultrajándoles por haber hecho de él el cómplice

de una infamia, de este abuso de confianza respecto de un muerto. Yo veía al hijo llegando á aquel hogar que tan bien conocía, y los veía también á ellos, y oía sus voces :

— ¿Quieres, hijo mío, matar á tu madre?

— No soy yo el que te arranca la vida, eres tú misma...

Este diálogo de la eterna Clytemnestra y del eterno Orestes me volvía á la memoria y tenía miedo. Cuando más tarde Eugenio me contó por qué sensaciones había pasado durante aquella hora que fué verdaderamente la hora suprema de su vida, aquella en que todo su destino de hombre hubo de resolverse, comprendí hasta qué punto había tenido razón en temer una escena trágica y un desenlace terrible á esta horrenda aventura :

— Mi resolución estaba tomada — me dijo : — yo quería interrogarlos, saber la verdad por ellos mismos, hacérsela confesar, maldecirlos y matarme después... Así es como el desgraciado joven, con el corazón agitado por sentimientos de esta violencia, llegó ante la puerta de sus culpables padres. En esta crisis aguda de revuelta íntima, su existencia pasada le producía tal repulsión que hasta sufrió al sonar los dos golpes acostumbrados, señal convenida á la cual estaba seguro que habrían de responder y que, por un instante, le representó los largos años que vivieran aquí ellos y él, ellos, los ladrones, y él, su cómplice. No hay duda de que si en aquel momento se hubiera acercado el paso de su padre y si la puerta, una vez abierta, Eugenio hubiera encontrado frente á él la figura de un hombre, su cólera se habría descargado en un escándalo irreparable, mas, por fortuna, el viejo Corbières no estaba en su casa. Mi amigo reconoció por detrás de aquel débil tabique el ligero andar de su madre, y cuando el pestillo se movió en la cerradura, halló para acogerle los ojos y la sonrisa de la anciana, aquellos ojos cuya fiebre dolorosa ahora comprendía por primera vez, aquella sonrisa que vagaba por los rasgos cuya alteración conocía desde hacía tiempo y cuya causa sabía hoy. Y he aquí que, de pronto, ante esta enferma que le llevara en su seno y le nutriera con su leche — enferma por el remordimiento de un crimen que cometiera por él

— el hijo sentía su indignada rebelión calmarse, abatirse, fundirse en un angustioso enternecimiento que hubo de estremecerle de arriba abajo. Entretanto la anciana, cuyos ojos cansados no habían advertido aún en la sombra de la pequeña antecámara el cambio de la fisonomía de su hijo, cerraba la puerta con las precauciones acostumbradas y empezaba, como siempre, á contarle la humilde crónica familiar de su interior :

— ¡ Dios mío ! Si hubiera sabido que venías hoy por la mañana — decía — te hubiera hecho un verdadero almuerzo con huevos y tomates como á ti te gusta. Los había muy frescos en el mercado de la calle Monge. Tu padre también ha salido... No se sentía muy bien esta mañana... Sufre siempre de sus ahogos. Será necesario que le auscultes de nuevo... ¿Pero qué es lo que te pasa á ti, hijo mío?... En efecto, acababa de entrar detrás de ella en el comedor y mientras le hablaba habíale contemplado á plena luz bastándole una sola mirada para adivinar que su hijo se hallaba bajo la impresión de una emoción extraordinaria.

— ¡ Hijo mío ! — repitió — ¡ Hijo mío ! ¡ Mi Eugenio !... ¡ Ah !...

No pudo acabar. Este grito que lanzaba su corazón de madre, iluminado por la más fulminante de las intuiciones, se detuvo de pronto ante la explosión de desesperación de aquel á quien iba dirigido. Corbières se dejó caer en una silla y allí prorrumpió en sollozos convulsivos. Érale harto duro, después de saber lo que sabía, verse así en medio de estos objetos entre los cuales había vivido, en esta atmósfera que fué la de toda su juventud, y se dejaba vencer por la ola de sensibilidad violenta que levantaba en su alma. Tal vez este acceso de lágrimas le salvó del suicidio ó de la locura al romper la espantosa tensión en que había visto ocuparse todo su ser. La madre escuchaba con horror rugir en aquel pequeño cuarto de familia, donde todos los éxitos del estudiante fueron festejados, este rumor, este huracán de suspiros desgarradores, de gritos ahogados que lanza un gran dolor de hombre. Este hallábase sacudido y como convulsionado por aquel acceso sobre cuya causa la desgracida mujer

apenas podía equivocarse. Desde hacía mucho tiempo temía que su hijo descubriera el crimen que cometieran, ella y su marido, en favor de él, ¡ pero un crimen después de todo ! Y la pobre madre exclamaba inclinada hacia su hijo, oprimiéndole entre sus brazos, enloquecida también :

— Eugenio mío, soy yo, es tu madre. Mírame... ¿Sufres? ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras? ¡ Oh, háblame !...

Después, dijo en tono feroz :

— Habla, pues. Dime lo que tengas que decirme, sea lo que fuere... Me estás haciendo demasiado daño...

Había puesto en esta orden una tan severa energía de amor maternal, que provocó al punto esa irresistible sugestión que nos sondea hasta el fondo del alma para arrancar allí la confesión. El hombre que lloraba, levantó la cabeza y dijo, poniendo en esta frase todo el dolor y toda la ternura á la vez de que estaba llena su alma :

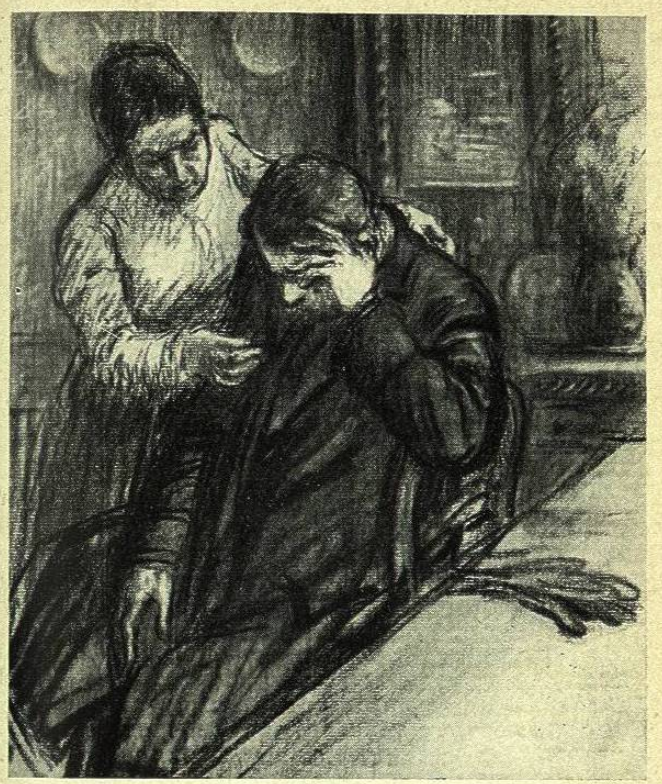
— ¡ Mi pobre madre, vengo de la calle del faubourg Saint-Jacques !...

Ella no respondió. El la vió á pesar suyo después de haber hablado, retroceder con sus viejas manos tendidas hacia adelante cual si quisiera apartar alguna cosa, invadiendo su rostro una palidez tan horrible que creyó verla morir. El médico se despertó en el hijo, y á su vez se abalanzó hacia ella dándola el mismo nombre que la hubiera dado veinte años antes si la hubiera visto palidecer así :

— ¡ Mamá !...

— Déjame — le dijo retrocediendo todavía hasta hallarse junto á la pared de la habitación. Una vez allí se volvió, se cogió la cabeza entre las manos y se arrodilló para orar con fervor, profundamente. Cuando se levantó después de haber hecho esta oración, tenía en sus ojos, en su frente y alrededor de su boca, una especie de serenidad en la desesperación, que contrastaba de un modo notable con la expresión de remordimiento interior que tanto inquietara á su hijo durante tantos años.

— ¡ Más vale así ! — gimió con una exaltación extraña. Eso me ahogaba desde hacía mucho tiempo... Dios ha tenido piedad de mí... Sí, — continuó más exaltada todavía — yo sabía que esto sería la liberación : si tú



— ¿ Sufres ? ¿ qué tienes ? (*pág.* 56.)

supieras todo, si yo llegara á hablarte, á explicarte, si yo hubiera tenido este dolor en esta vida... Tú hubieras sabido todo, sin embargo, el día del juicio final, cuando se vea el fondo de los corazones, y eso entonces hubiera sido demasiado horrible... — Después, cerrando los ojos y con un estremecimiento, continuó : — Estoy dispuesta á

beber mi cáliz; el buen Dios me ha dado fuerzas... Eugenio, dime todo lo que sabes, todo, y yo diré lo que es cierto y lo que no es... Debes obedecerme, hijo mío, puesto que soy tu madre, que tanto te ha amado... Pregúntame, yo te lo ordeno para que no haya entre nosotros más que la verdad...

— Lo intentaré — dijo Eugenio después de un silencio... La firme actitud, tan repentina, de esta mujer á quien conociera tan turbada, tan vacilante, inspirábale un sentimiento de respeto tanto más extraño cuanto que había venido para tener una explicación que por sí misma era ya un ultraje; pero hay, en la heróica aceptación de ciertas pruebas, una secreta grandeza ante la cual debe inclinarse hasta el juez que condena y con esta emoción, la más noble que pudiera tener en aquel segundo, la única que podía salvarle del parricidio moral en aquel interrogatorio, es con la que Eugenio prosiguió diciendo : — ¿Es verdad que ese desgraciado que vive allá, en la calle del faubourg Saint-Jacques, ese Pedro Robert, es el hijo adulterino de un protector de mi padre?

— Es verdad — respondió, — de don Pedro Robert Haudric. Por este motivo es por lo que ha sido inscrito bajo estos dos nombres. Ese señor Haudric era hermano de leche de Corbières; tu abuela fué su nodriza en Péronne y él fué quien nos colocó en el ministerio.

— Entonces — continuó el hijo, á quien faltaban las palabras para formular la odiosa declaración, — ¿el resto es verdad también?

— ¿Que el señor Haudric nos confió una suma de dinero, en depósito, para este hijo? También es verdad...

— ¿Y que ustedes la destinaron para mí? — preguntó en voz baja, casi apagada, cual si temiera al oir sus propias palabras verse de nuevo atacado por su frenesí de revuelta contra esta vergüenza de que se sentía cubierto. La madre le respondió con una voz también baja, apagada también.

— Es verdad. — Después, oprimiendo sus manos una contra otra y en actitud suplicante, exclamó : — Escúchame, Eugenio, escucha... Hemos sido harto culpables, mas para comprendernos es necesario saberlo

todo y principalmente que este hijo del señor Haudric habíale causado ya bastantes inquietudes. Era inteligente, pero malo ya desde que entró en el colegio. Por eso es por lo que el señor Haudric dijo á Corbières : « No quiero que tenga, hasta los treinta años, más que la suma indispensable para sus estudios. » Esta suma fué fijada en mil doscientos francos por año, siendo el capital de treinta y seis mil francos. Nosotros no debíamos darnos á conocer porque el señor Haudric estaba casado y la madre de Pedro Robert era una pariente cercana de su mujer, una prima hermana. ¿Cómo el señor Haudric se había comprometido en esta aventura de seducción, él, que era un hombre tan honrado? Yo le juzgué severamente entonces, pero ahora sé que hacía mal y que no se debe condenar á nadie. Él tenía otros hijos, y por lo tanto quería que este secreto muriera con él. Te explico estas cosas, para que comprendas de qué modo hemos sido tentados... Como tu padre tenía la obligación de vigilar de lejos á este muchacho, el primer año servimos la pensión como debíamos; después supimos que había vivido en el Barrio Latino, en compañía de ciertas mujeres, corriendo de café en café sin seguir ningún estudio ni dedicarse á ningún trabajo. Bebía ya, ¡á los diez y nueve años! El segundo año continuamos enviando la pensión é hizo lo mismo, peor aún; tú padre se informó de su conducta y supimos que había contraído grandes deudas. El tercer año... — Aquí se detuvo un segundo y con el fervor de alguien que consuma su sacrificio, continuó... — El tercer año era el en que tú debías hacer tu servicio militar. Hacía falta pagar mil quinientos francos para que solo fueras soldado un año y no los teníamos. Nuestras pobres economías, siete mil francos ahorrados sueldo á sueldo, se habían perdido en una desgraciada imposición. ¡Y tú eras tan trabajador, tenías tanto derecho á ser lo que ya eres!... ¿Qué quieres? No hemos podido soportar la idea de que tus estudios llegaran á interrumpirse, tanto más cuanto que no se trataba sólo de que se hiciera ó no se hiciera el servicio militar... ¡era todo el porvenir! ¡Ah! Si el otro hubiera sido como tú, si hubiéramos

podido pensar que ese dinero no se perdería por él, que lo emplearía en ser algo, la tentación no se habría apoderado de nosotros... Lo sé, no teníamos derecho á hacer lo que hicimos : ese dinero era suyo y no de nosotros... ¡ pero tú eras tan digno de él y el otro tan poco ! Y sucumbimos...

— ¿Y ustedes no habían pensado — objetó Eugenio — que precisamente á causa de esa debilidad de carácter este otro tenía más necesidad que yo de ese dinero?...

¿No se han dicho ustedes nunca que quitarle esta pequeña fortuna era dejarle más inerme ante la vida, que con su falta de energía, una vez sin recursos, caería cada vez más abajo y que sería yo, vuestro hijo, el que sería responsable de ello?...

— ¿Tú? — exclamó la madre. — ¿Tú, tú responsable? No digas eso, hijo mío, no lo pienses... Ni tú ni tu padre... Soy yo la que lo ha hecho — continuó dándose golpes de pecho cual si estuviese en la iglesia... Fuí yo la que lo hice todo por mi propia cuenta... Fuí yo primero la que tuvo la idea de emplear una parte del dinero para el pago de tu voluntariado, y la que decidió á Corbières; él no quería, yo le he arrastrado... Quería después continuar, á pesar de todo, la pensión al otro con el resto del capital, pero yo fuí la que lo impidió, pues tenía miedo de que el dinero nos faltara para terminar tus estudios, y además, ya estaba hecho... Te amaba demasiado, más que á mi salvación eterna, más que á Dios, he ahí mi pecado. Lo demás fué una consecuencia natural. Sabía bien que me condenaba, pero era por ti... Hace diez años, Eugenio, ¿lo oyes? diez años que no me confieso para que el sacerdote no me diga que es preciso devolver algo del depósito, justamente á la hora en que tu podrías necesitarlo...¡ Bah !... Te he amado mucho, hijo mío, y por tí es por lo que Dios me ha castigado desde los primeros días. Y no es que tú me hayas hecho sufrir, tú, que eres la perfección sobre la tierra, es que, precisamente cuando te he visto tan perfecto, he empezado á sentir un gran terror, un presentimiento de que esta vida no duraría mucho tiempo para nosotros, que no conseguiríamos nada,

que tú nos serías arrebatado de pronto en plena juventud, en plena esperanza. Te aseguro que si hubiera habido dificultades, si tú hubieras trabajado menos, no habría tenido, á causa de lo que habíamos hecho, esta amenaza suspendida sobre nuestra cabeza siempre, siempre, siempre... He tratado de adormecer este dolor castigándome voluntariamente; tu padre también ha hecho lo mismo. Desde que se dejó persuadir por mí, veía que se privaba de todo : no fumaba ya, ni bebía café, ni comíamos más que lo estrictamente necesario, pudiendo hacernos la justicia de que nada hemos cogido para nosotros... Pero, á pesar de que ayunaba, de que me mortificaba consumiéndome, asaltábame siempre la idea de que eso no era nada, de que un día habría de llegar en que sería castigada en ti... Los años han pasado, Eugenio mío, sin traerme otras razones que las de estar cada vez más orgullosa de tí y de amarte todavía más... y cuanto más dichosa era contigo, más se agrandaba en mí la idea de que no teníamos derecho á esta felicidad. No encuentro palabras para explicarme... Cada uno de tus éxitos, cada alegría que tú nos proporcionabas, era como si la deuda se aumentara. Ya ves cómo tenía razón al pensar que habríamos de pagarlo todo algún día, puesto que estaba preparada para hablarte así... Este pensamiento llegó á ser tan fuerte, tan obsesionante, que hace dos años intenté libertarme un poco de su pesadumbre. Tu padre y yo sabíamos que *el otro* había ingresado en un regimiento y después en una escuela de Versalles, de la cual fué expulsado por su mala conducta; pero al poco tiempo le perdimos de vista y entonces pensé que si pudiéramos encontrarle, devolverle, ya que no todo, algo, hacerle algún bien, en fin, yo quedaría aliviada de una parte de este peso y no tendría ya esta aprensión, esta lucha en mi corazón... Corbières buscó á este joven y le encontró, en efecto. ¿Por qué he querido verle yo también? No he podido impedírmelo; tenía una necesidad física de tenerle ahí, ante mis ojos... Entonces es cuando he sentido, cuando he palpado el castigo. Cuando he visto lo que ha sido de él, el remordimiento se ha apoderado de mí y he tenido miedo, no por nosotros, sino

por ti, pues me dije lo que tú me decías hace un instante, que tal vez con ese dinero, del que nosotros le hemos despojado, no habría caído tan bajo, y ya no vi solamente en este abuso del depósito un empleo prohibido, he visto el crimen... Ya comprendes lo demás... Mi inquietud ha sido tan grande, que este hombre no ha dejado de observarla... Antes de morir, el señor Haudric le había escrito dándole cuenta de sus intenciones respecto á él, sin nombrarse y sin nombrarnos; sabía que le fué legada una pequeña suma, que había cobrado su pensión los dos primeros años y después nada... Pero lo ha adivinado todo y desde hace catorce meses vivíamos con la idea de que haría lo que ha hecho esta mañana, hablarte, y de que tú nos juzgarías, nos condenarías, no despreciarías. ¡ Ah ! — terminó con una súplica apasionada — júzgame, condéname, despréciame, Eugenio, pero no á tu padre; perdónale, no es culpable, te lo juro; soy yo la que lo ha meditado todo, la que lo ha querido todo; yo soy la única culpable, la única. El buen Dios lo sabe bien y la prueba es que ha permitido que ahora no encontraras aquí á nadie más que á mí... Yo no me hubiera atrevido á pedirle tanto; era más de lo que yo merecía, pero él me ha perdonado; lo adivino... ¡ He sufrido tanto !... Por mí nada importa, pues voy á poderme confesar, comulgar... ¡ Eugenio, ten piedad de tu padre !...

— No tengo derecho á juzgaros ni á tí ni á él — respondió este hombre que á pesar de hallarse acostumbrado por su profesión al contacto del dolor, permanecía anonadado ante el abismo de miseria que bordeara durante toda su juventud sin verlo, sin sospecharlo siquiera, como tampoco sospechó el delirio de amor de esta madre, á la cual era el único que no podía condenar. Tenía ante sí un alma humana completamente desnuda, completamente ensangrentada, ¡ y qué alma aquella de donde la suya floreciera ! ¡ Cuánto hubo de sufrir, en efecto, esta pobre alma y cómo la habían marcado con sus terribles garras el arrepentimiento y la fe ! ¡ Cómo, á través de su suplicio íntimo, se había lavado de su falta ! Ella aceptaba, reclamaba el completo castigo, tomando la responsabilidad

sobre sí, ávida solamente de expiar por los dos, ansiosa de evitar á su cómplice, al viejo compañero de toda su vida, el golpe supremo con que acababa de ser herida de muerte. ¿En qué repliegue de su corazón habría hallado el hijo la fuerza de juzgarla y de obrar de otro modo que como obró? Se acercó á ella, y oprimiéndola entre sus brazos, la dijo :

— Mamá, mi querida mamá, no suspires más, no llores más. Todo se puede borrar, todo se puede reparar; yo seré rico, devolveré ese dinero y curaré á ese desgraciado... Mírame... Sonríeme... Tú sabes que yo soy un hombre honrado; te juro que no siento hacia tí más que ternura y veneración : tus lágrimas lo han borrado todo, yo haré lo demás y seremos felices, te lo juro...

La madre había apoyado su frente sobre el hombro del joven escuchándole sin hablarle, moviendo solamente la pobre cabeza encanecida con un tierno gesto que respondía « no » á sus promesas de esperanza, el « no » resignado de los moribundos, á quienes se describe los paseos que saben demasiado no han de volver á hacer, los placeres que no tendrán jamás. Y esta muda negación manifestaba de tal modo la verdad de un dolor sin remedio, que Eugenio terminó por callarse también, pero conservando siempre sobre su hombro aquella anciana cabeza, meciéndola, acariciándola, hasta que un ruido harto conocido separó bruscamente al uno del otro. Una mano introducía una llave en la cerradura de la puerta de entrada : era el padre que volvía.

— Valor, mamá — dijo Eugenio; — te prometo que no sabrá nada...

— Y yo he cumplido mi palabra — me repetía cuando volvimos á encontrarnos y me contó esta escena; — ya supondrás á costa de qué esfuerzo. Pasé á la habitación contigua para tener tiempo de secar mis ojos y arreglar la alteración de mi fisonomía, mientras oía la voz de mi padre que preguntaba : — ¡ Hola ! ¿Ha venido Eugenio, pues veo ahí su sombrero? — Sí, respondió mi madre; — busca un libro en la biblioteca. Ha sido una suerte que haya subido esta mañana, pues me sentía muy mal cuando saliste. Me ha reconocido. No será nada...

Había hallado una piadosa mentira que me permitió presentarme sin que mi padre se asombrara de mis pupilas enrojecidas ni de mi rostro agitado, ya que, á pesar mío, sin ese pretexto, mi emoción me hubiera descubierto. Me separé de ellos inmediatamente; no podía permanecer más tiempo á su lado... ¿Lo creerás tú? Esta primera hora en que me vi completamente solo, fué la más dura para mí. Anduve ligero, indefinidamente; hubiera querido huir, alejarme de mí mismo, no volver á encontrar mi pensamiento pues me parecía que incluso este pensamiento no era mío, que lo había robado, robado mi inteligencia, mis ideas, lo mejor de mí. Estos años de trabajo que me hicieron lo que era, esta ciencia que tanto había amado, esta cultura de la que estaba tan orgulloso, me repetía á mí mismo que era robo, robo, robo, que yo había obtenido todo esto á expensas de otro, con el dinero de otro, volvía á ver á este otro en aquel innoble cuarto con su cara innoble, hablando aquel innoble lenguaje, y y toda su abyección caía sobre mí. Repetíame sin cesar lo que mi madre me dijera, es decir, que yo no era responsable; pero hay cosas que no se discuten como no se discuten la vida ni la muerte : se es ó no se y esta responsabilidad pesaba sobre mí, dentro de mí. Si tú llegaras á saber que una joya que te han dado, una sortija, por ejemplo, procedía de un asesinato, no la llevarías ni un segundo más, la arrancarías del dedo, la arrojarías por no tener sangre en tus manos; pero yo ¿es que puedo acaso arrancarme mi cerebro y con él todo lo que me viene del asesinato del otro? Porque es todo un asesinato lo que ellos han hecho, ya que se asesina también sin necesidad de armas ni de venenos. Se mata á un ser quitándole lo que le habría hecho vivir, y eso era precisamente lo que en el primer momento me volvía loco de vergüenza y de dolor : pensar que ese dinero haya pasado á mi espíritu, que no pueda devolver este depósito de que esos desgraciados han abusado en provecho mío. Pero yo le devolveré... yo le devolveré...

— He ahí la verdad — le respondí yo; — tu pobre madre tenía razón cuando te decía que tú no eres responsable de lo que han hecho por tí tu padre y ella.

Créeme, tu deber es bien sencillo y lo has hallado inmediatamente con sólo escuchar tu corazón que te ha ordenado apiadarte de tu madre, evitar á la vejez de tu padre un dolor que sería mortal para él, y hacer el bien al desgraciado del faubourg Saint-Jacques. Debes restituirle el dinero que es suyo, primero, y luego ayudarle á redimirse de la terrible esclavitud, á curarse de ese alcoholismo en el que está dispuesto á hundirse y en el que habría caído siempre, está seguro, lo mismo siendo rico que pobre. Si tú le curas, habrás saldado tu deuda, yo te lo garantizo por mi honor... »

— No — replicó dirigiéndome una mirada, en la que hallé de nuevo ese admirable ardor de vida espiritual que me había hecho su amigo inmediatamente en nuestro encuentro en el jardín del Luxemburgo : — No — insistió — no es eso... — Y como si por una misteriosa comunicación interior, en este minuto de una confidencia solemne, el mismo recuerdo se hubiera alzado entre los dos : — ¿Recuerdas — continuó — cuando nos volvimos á ver después del colegio, nuestras discusiones de ideas y las razones que me han hecho emprender mis estudios de medicina? Te decía entonces que tenía sed y hambre de certidumbre y esta certidumbre había creído encontrarla en una especie de apuesta á lo Pascal. ¿Te acuerdas aún? Yo soñaba en un empleo de existencia justificable tanto en una como en otra hipótesis, á saber : que Dios exista ó no exista, que haya una libertad ó que no la haya, otra vida ó la nada... Pues bien, he llegado á un momento en que esta doble hipótesis no es ya posible. Estoy acorralado en la alternativa. Tú me hablas de un dinero que tengo que restituir, de atenciones que debo prodigar, ¿verdad? Pero es que aun cuando haya pagado á este Robert veinte veces, treinta veces, aun cuando le haya arrancado al horrible vicio, ¿por qué medio podré restituirle la juventud? ¿Cómo reparar lo irreparable? Si no hay Dios, perfectamente, mas si le hay, si la acción humana tiene otro horizonte que este, yo podría *merecer* por este desgraciado... No es sólo hoy cuando estas ideas me preocupan. Desde que he visto á las monjas en los hospitales hacer el servicio de los enfermos, sin otro sostén que la idea de

que *merecían* por otros, he pensado mucho en lo que los cristianos llaman la reversibilidad. Toda la cuestión está en saber si la experiencia nos muestra ó no este fenómeno en la naturaleza... Ya hace varios años que ella se me presenta como la única interpretación de tantas y tantas cosas y te desafío á que me expliques de otro modo la dura prueba que me abruma. ¿Si ó no? ¿Soy yo castigado por la falta de mis padres? Y este Roberto mismo ¿de qué es la víctima sino de la falta de su padre? He visto estos repartos y es preciso que vea detrás de ellos un poder distribuidor. Si hay una reversibilidad del mal debe haber una reversibilidad del bien... Estas no son teorías, es la experiencia, como también es la experiencia esta justicia inevitable cuyo espanto ha sentido mi pobre madre durante diez años y que la ha herido, como ella dice, á través de mí. Detrás de la justicia es preciso que haya un juez; detrás de la deuda tiene que haber un acreedor...

— ¿Y tú deduces?... le pregunté al ver que se callaba.

— Deduzco, que si Dios no existe, yo no puedo devolver el depósito. Únicamente puedo hacerlo si existe... ¡Ah, si pudiera creer en él! — añadió con un suspiro que todavía oigo al cabo de diez y seis años.

V

Sí. Hace diez y seis años que Eugenio me decía, bajo la inmediata impresión de los sucesos que he relatado, estas palabras cuya lógica no puedo discutir y he aquí que después de estos diez y seis años ha llegado á través de no sé qué otras tempestades ulteriores, que nunca he sabido, á la solución que me indicaba en esta entrevista y que él deseaba tan apasionadamente sin que su razón se rindiera por completo á estas razones del corazón que hablaban en él. Repito lo que decía al empezar, esto es, que soy aquí un simple testigo y que no comento. Eugenio ya no tiene hoy ni padre ni madre; los dos han muerto, ella, calmada al fin por el perdón de su hijo, él, sin saber jamás que su hijo lo sabía todo. Pedro Robert ha muerto también, á pesar de que Corbières luchó contra la enfermedad con verdadera obstinación, y, por lo que respecta á él mismo, sus colegas han podido verle con un estupor que los años no han disipado aún, abandonar bruscamente, poco tiempo después de estas tres muertes, acaecidas una detrás de otra, su envidiado puesto de médico de los hospitales, su magnífica clientela parisiense y la certidumbre de todos los honores, para entrar en la congregación de los Hermanos de San Juan de Dios consagrada, como se sabe, al servicio de los enfermos. Yo estaba lejos de París en el momento de conocer esta decisión y se comprenderá además que nunca me he atrevido á interrogarle. Sin embargo, no hemos dejado de vernos; y cuando el azar de un viaje al Mediodía me lleva á Marsella, donde estos religiosos tienen una importante casa, no dejo nunca de hacer una visita á su hospital ni de preguntar en el locutorio por el padre San Roberto, donde vuelvo á ver bajo el negro sayal del enfermero á mi antiguo compañero de filosofía, al sabio prometido en otro tiempo á una fama europea, al hijo de los dos pobres extraviados á quienes el amor paternal arrastró al crimen y á cada visita le encuentro más tranquilo, más iluminado de esa certidumbre que él buscó tanto, con una expresión más libre en los ojos que aun permanecen jóvenes. Y yo comprendo dos cosas : primero, que posee hoy una fe completa, absoluta y después que haciendo de su ciencia el patrimonio de todos, una riqueza que él prodiga por que no la considera como suya, ha descubierto el único medio tal vez de resolver el más doloroso problema que jamás haya visto flotar sobre alma alguna, devuelve el depósito de que sus padres abusaron y como aun bajo sus hábitos ha permanecido enamorado de recuerdos clásicos, suele citarme á veces — sería su único proselitismo si no hubiera su ejemplo — la frase del comerciante fenicio arrojado por la tempestad á la orilla del Ática donde

encontró á un filósofo : — Al naufragar, he llegado al puerto.

De todos los hombres de mi generación, nunca he sabido si era á él al que más compadecía ó al que envidiaba más.

Diciembre 1898.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL LUJO DE LOS DEMÁS

I

UN MATRIMONIO PARISIENSE. — EL MARIDO

Si leéis varios periódicos — ¿y quién no tiene ahora esta funesta costumbre de perder una hora por la mañana y otra hora por la tarde buscando, en una media docena de noticias, las mismas informaciones inexactas, los mismos sofismas apasionados y las mismas inicuas parcialidades? — habréis encontrado cien, mil veces, los nombres de la señora y el señor Héctor Le Prieux! Una y otro figuran con justo título en la primera categoría de lo que se ha convenido en llamar las « notabilidades parisienses » : él, como uno de los veteranos de la crónica del boulevard y del folletón teatral, y ella, aunque esposa de un simple periodista, como una mujer á la moda que da grandes cenas, citadas en los periódicos, y que no falta nunca ni á un estreno, ni á una apertura de exposición; en una palabra, á ninguna de las ceremonias en las que desfila ese « Todo París » indefinible y especial con que sueñan los provincianos y extranjeros. Este « Todo París » no es el mundo; los elementos que le forman son demasiados complejos para que esta heterogénea mixtura pueda representar nunca ni de cerca ni de lejos á la sociedad. Es un mundo, sin embargo, que tiene sus exclusiones, sus costumbres, su jerarquía. La « hermosa señora Le Prieux », como todavía se la califica á pesar de sus cuarenta años, sería en él seguramente